

José Elizondo. compositor del violonchelo: de chihuahua a boston

José Elizondo. violoncelo composer: from chihuahua to boston

José María López Prado^a, Beania Salcedo Moncada^b

Abstract:

On September 17, 2020, the inauguration of the V International Festival of Mexican Music takes place in Monterrey, Mexico, directed by Dr. Beania Salcedo Moncada from the Faculty of Music of the Autonomous University of Nuevo León and the one who subscribes presents in a recital in the Aula Magna of the Colegio Civil in Monterrey, the work “Unter dem Sternhimmel des Rheins” by the Mexican composer José Elizondo.

This event serves as the starting point for this interview that addresses aspects of his musical education, his duality as an engineer graduated from the Massachusetts Institute of Technology, his migration to the United States, and his international success as a composer of the cello.

Keywords:

José Elizondo, music education, cello, México

Resumen:

El 17 de septiembre del 2020 tiene lugar en Monterrey, México la inauguración del V Festival Internacional de Música Mexicana que dirige la Dra. Beania Salcedo Moncada de la Facultad de Música de la Universidad Autónoma de Nuevo León y el que suscribe presenta en un recital en el Aula Magna del Colegio Civil en Monterrey, la obra “Unter dem Sternhimmel des Rheins” del compositor mexicano José Elizondo.

Este acontecimiento sirve como punto de partida de esta entrevista que aborda aspectos de su educación musical, de la dualidad como ingeniero egresado del Instituto Tecnológico de Massachuset, de su migración a Estados Unidos y el éxito internacional como compositor del violonchelo.

Palabras Clave:

José Elizondo, educación musical, violonchelo, México

“Soy de la ciudad de Chihuahua. Mi papá era agricultor y comerciante de papas, mi mamá viene de una familia de obreros de minas de carbón. Nunca me hubiera imaginado nada de lo que está sucediendo en mi vida como compositor. Veo estos conciertos y los grandes artistas que están tocando mi música y me sorprende. Me siento afortunado y agradecido por tantas bendiciones.”

José María López Prado:

¿Que recuerdos tienes de tus inicios en la música?

José Elizondo:

Yo empecé a estudiar piano y órgano cuando era muy jovencito. Si mal no recuerdo, tenía 5 años. Inicialmente no querían permitirme comenzar a tomar clases por la edad y porque no alcanzaba el banquito del piano, o si me sentaba en el banquito del órgano, no alcanzaba los pedales y entonces tenía que tocar de pie. Así que la primera que me dio clases fue mi hermana Adriana, solo dos años mayor que yo, y luego cuando los maestros de

^a Autor de Correspondencia, Universidad Autónoma de Nuevo León, <https://orcid.org/0000-0001-9175-8914>, Email: josem.lopezprd@uanl.edu.mx

^b Universidad Autónoma de Nuevo León, <https://orcid.org/0000-0002-5653-9625>, Email: beania.salcedomnc@uanl.edu.mx

ella me escucharon que podía tocar lo que le enseñaban a ella, entonces me dejaron ser su estudiante también. Mi maestra de piano era la maestra Aurorita Lara de Jiménez y mi maestro de órgano, el profesor Arturo Enrique Ochoa. Recuerdo una anécdota un poco extraña de mi primer recital de piano. Se suponía que iba a tocar el Minueto en Sol del libro de Ana Magdalena Bach. Recuerdo sentarme al piano (me ayudaron porque estaba muy chiquito y no alcanzaba el banco bien) y comenzar a tocar el Minueto. Luego algo pasó y solo recuerdo “despertar” como de un sueño y tocar el último compás. El público no aplaudió y me estaban viendo de manera extraña. Me dio pánico y no sabía que hacer, pero me bajé del banquito y me salí del escenario. La maestra me preguntó si estaba bien y luego me contó que había comenzado a tocar el minueto y en algún momento comencé a improvisar como por diez minutos antes de “regresar” y terminar el minueto... Esto me sucedería de manera más recurrente cuando era adolescente y cuando estaba en universidad, y se supone que tenía algo que ver con los problemas neurológicos que desarrollaría después.

El profe Ochoa se convirtió rápidamente en una figura paterna, benévola y que sería crucial tanto para mi desarrollo musical, como para mi crecimiento como persona. Le debo mucho, entre ellas, el despertar mi amor por la música y el desarrollo de mi “intuición” musical. En cuestiones más prácticas, el profe fue un gran apoyo emocional especialmente en una época en la que mi familia pasó por una situación muy difícil tanto en cuestiones económicas como en muchos otros aspectos (en particular durante los primeros años del divorcio de mis padres). Algunos de mis momentos más felices eran fines de semana que pasábamos casi por completo en la academia del profe Ochoa estudiando y conviviendo con otros niños y jóvenes muy talentosos y motivados. Era un ambiente en el que me sentía muy seguro y que no tenía que preocuparme por todas las situaciones difíciles que sucedían con mi familia, con la escuela, etc. Además, el profe Ochoa organizaba muchos recitales y nos animaba a participar en competencias. Así que desde muy

temprana edad yo tuve la experiencia de tocar en público y me encantaba, tanto el proceso de estudiar intensamente como la adrenalina de estar en el escenario. Algunos de mis mejores recuerdos son los conciertos en los que participé, muchas veces junto con mi hermana Adriana, en el Paraninfo, el Teatro de los Héroes, La Casa de la Cultura y el Teatro de Cámara de Chihuahua, el Auditorio Luis Elizondo en Monterrey, la Sala Ollin Yoliztli y varios de los teatros del IMSS en Ciudad de México, y tantos otros lugares.

Regresando al relato de mi infancia, cuando tenía aproximadamente 7 u 8 años gané un premio en un concurso organizado por Gabilondo Soler “Cri Cri”, el compositor mexicano de canciones infantiles. El premio consistía en una beca para estudiar en el programa de iniciación musical de la universidad local. Las clases que tomé en la universidad en esa época fueron mi primer encuentro con el solfeo y la historia de la música clásica. A los 15 años, aproximadamente, tuve la fortuna de conocer a la maestra de piano Socorrito Soto Ponce. Su enfoque a una técnica más depurada y disciplinada fue muy importante para mi experiencia con la música muchos años después.

J.M.L.P.: ¿Como fue tu educación en aquel entonces fuera del ámbito musical?

J.E.: Fuera del ámbito musical, fui un niño muy motivado académicamente, con mucha curiosidad intelectual y un hambre insaciable por siempre aprender más. Por mi dedicación a los estudios, siempre obtuve las calificaciones más altas. Estudié la primaria en una escuela jesuita y tuve la fortuna de estudiar la secundaria y preparatoria en escuelas del sistema ITESM que tenían maestros excelentes. Varios de mis compañeros de secundaria y preparatoria eran personas muy especiales, talentosas e inteligentes, y yo creo que la competencia amigable que teníamos en cuestión académica me ayudó mucho a crecer intelectualmente. Le poníamos muchísima dedicación a todos los proyectos (muchas veces eso no nos hacía nada populares con los “bullies”

de la escuela). Recuerdo una vez que nos encargaron hacer como tarea un ensayo acerca de Grecia. La mayoría de los alumnos presentaron algo entre 2 y 5 páginas (a doble espacio) y yo llegué con un ensayo de 128 páginas (a espacio sencillo), con ilustraciones hechas a mano y capítulos acerca de los distintos aspectos de Grecia Clásica. Y es que además de que me encantaba aprender, para mí la escuela y la música eran un escape de la realidad, en particular la dinámica de mis padres, la cual en ese entonces era muy tóxica y problemática.

Beania Salcedo Moncada.: ¿De que forma se produce tu migración a los Estados Unidos?

J.E.: Cuando llegó el momento de pensar en estudiar una carrera universitaria, yo quería estudiar en una universidad que me retara y donde pudiera aprender de todo. Tenía como opción, obviamente, las universidades locales. También hubiera podido irme a Monterrey al ITESM, ya que mi preparatoria era parte de ese sistema y algunos de mis hermanos ya habían estudiado ahí. O quizás hubiera podido ir a Ciudad de México, quizás a la UNAM o alguna de las otras universidades excelentes que hay ahí. Pero existía una oportunidad que en ese entonces no me parecía muy realista y era más como un sueño imposible: el estudiar en una universidad fuera del país. Me enteré que uno de mis amigos de la preparatoria quería aplicar a varias universidades americanas. Él tenía algo de familiaridad con ese mundo porque uno de sus tíos había estudiado en Estados Unidos. Mi amigo me propuso aplicar a esas universidades juntos y ayudarnos durante el proceso. Entre los dos, nos motivaríamos a estudiar para los exámenes estandarizados, escribir los ensayos, asistir a las entrevistas, llenar todos los formularios necesarios, etc. Mi situación económica en ese momento no era muy buena, así que el poder viajar con mi amigo a El Paso, Texas, donde había que tomar los SAT's y el TOEFL, era una gran ayuda. Así que tomamos los exámenes y completamos todos los requisitos para aplicar a algunas de las universidades que en ese año habían sido consideradas como las mejores

de Estados Unidos. Yo apliqué a diez y creo que él aplicó solo a dos de ellas. Como en toda mi trayectoria escolar hasta ese momento nunca había tenido ningún problema con exámenes o con ser admitido a ningún programa académico, realmente no estaba consciente de lo difícil que sería ser admitido en esas universidades. No había pensado que el competir a un nivel internacional con los estudiantes más brillantes de otros países no podía compararse con mi limitada experiencia local. Menos mal que fue así, porque si hubiera sabido lo difícil que era, quizás me hubiera dado miedo y no me hubiera aventado a aplicar a las Universidades que apliqué, como Harvard, Princeton, Instituto Tecnológico de Massachuset (MIT), Yale y Stanford. El proceso es complicado, ya que no solo hay que tener excelentes calificaciones y sacar calificaciones muy altas en los SAT's, AP's y TOEFL, es necesario tener premios nacionales o internacionales en distintas materias, escribir ensayos, conseguir referencias, hacer entrevistas y mucho más. Por suerte, yo contaba con varios premios nacionales de música, de competencias de invención y creatividad, de escritura de ensayos, además de la olimpiada de matemáticas. En cierto momento, me empezaron a llegar las cartas con la decisión de las universidades y, por fortuna, todas eran afirmativas. Siempre te piden que confirmes lo antes posible si vas a aceptar la oferta de admisión. Si no aceptas, quieren tener la opción de ofrecerle el lugar a otros. Mi amigo solo había aplicado a un par de universidades y yo tenía la esperanza de estudiar en la misma universidad. Como todavía era yo muy inocente y no me daba cuenta que no podía asumir que todas las universidades me iban a aceptar, decidí escribir a varias de las universidades dándoles las gracias y diciendo que no iba a ir a Yale, Princeton, Stanford, etc. Esperaba que a mi amigo y a mí nos llegaran las cartas de MIT o Harvard con buenas noticias. Cuando llegaron al fin, resultó que a mi amigo no lo habían admitido. Por fortuna a mí si me admitieron en ambas. Pero fue en ese momento cuando empecé a darme cuenta de lo competitivo del proceso, ya que mi amigo era un estudiante excelente y también tenía algunos premios nacionales y calificaciones altas. Eventualmente, decidí

aceptar la oferta de admisión de MIT y, gracias al esfuerzo y sacrificio de mi familia y al apoyo de MIT, fue posible asistir a esa gran universidad. La verdad es que yo no sabía qué carrera quería estudiar. Mi prioridad era salir de mi casa, porque yo vivía en una situación egodistónica por la dinámica nada ideal de mi familia. Había situaciones que me causaban depresión y ansiedad en grado extremo, así que el poder irme a una ciudad lejana y en una universidad con tantas oportunidades académicas parecía ser la situación ideal, independientemente de lo que estudiara. En ese entonces, yo tenía intereses muy diversos. Por ejemplo, me atraía el programa de astronáutica de MIT, aunque la verdad no sabía exactamente en qué consistiría un programa académico relacionado con eso. Me gustaban las matemáticas, la historia, la literatura, la música, pero no me parecía que ninguna de esas carreras fuera una opción realista para mí, ya que estaba consciente de la situación económica de mi familia. Así que, decidí estudiar ingeniería electrónica y computación, la cual en ese entonces, empezaba a verse como una carrera con mucho futuro. Por otro lado, Boston es una ciudad sumamente importante para la música clásica. A pesar de que yo no había considerado dedicarme a la música de manera profesional, el poder vivir en una ciudad con algunas de las mejores orquestas del mundo, conservatorios de alto nivel y un sinnúmero de conciertos extraordinarios, fue otro de los factores que me llevó a decidir estudiar en Boston.

B.S.M.: ¿Como fueron tus comienzos en Boston?

J.E.: Cuando finalmente me mudé a Estados Unidos a estudiar la carrera, tenía aproximadamente 17 años. Entre mis recuerdos del año antes de que yo me fuera a Estados Unidos está la película de *Dead Poets Society* (El Club de los Poetas Muertos) con Robin Williams. En esta película sale una academia de Nueva Inglaterra (el área donde se encuentra Boston) con unos edificios impresionantes y unos prados hermosos. Todos los alumnos se vestían de traje para asistir a clases y era un mundo muy elegante en comparación con la realidad que yo vivía. Me imaginaba yo que así sería mi vida en MIT.

Pero al llegar al Massachusetts Institute of Technology (MIT), todo preocupado porque a lo mejor yo no iba a encajar en esa cultura tan refinada, pensando que no traía la ropa adecuada para ese tipo de clases... me encuentro que todo mundo andaba en shorts, sandalias y camisetas. Lo que vi no tenía nada que ver con lo que me había imaginado! La fachada del edificio principal de MIT es muy hermosa, con arquitectura en estilo neoclásico inspirado por el Panteón de Roma, con la cúpula imponente, columnas, majestuosas, etc. Pero la gran mayoría de los otros edificios eran todo lo contrario de armoniosos y bellos. Había una mezcla arbitraria y disonante de estilos, las consideraciones estéticas aparentemente habían tenido mucho menor prioridad que la funcionalidad o la experimentación arquitectónica, en ese estilo de los años 50s, 60s y 70s. Los dormitorios eran sumamente básicos y espartanos, lo cuál no me molestaba, pero me sorprendió porque era muy distinto de lo que me había imaginado.

En ese entonces, MIT tenía un programa que permitía que, si también te habían aceptado en Harvard, podías tomar clases en esa universidad también sin tener que pagar otra colegiatura. De hecho, Harvard queda a solo 2 estaciones de metro de distancia de MIT, lo que hacía posible llegar en unos cuantos minutos para tomar clases en ambas universidades. Así que decidí aprovechar ese programa lo más posible. El primer día que llegué a Harvard y me encontré enfrente de la biblioteca principal es uno de los momentos que no creo olvidar nunca en mi vida. En ese entonces yo pensaba que esa era la única biblioteca de Harvard (es la tercera biblioteca más grande del mundo, elegantísima y con millones de libros) pero luego me enteré que Harvard tiene decenas de otras bibliotecas generales, de especialidades y hasta de manuscritos antiguos y preciosos. Pero en ese momento, para mí esa biblioteca era la cosa más maravillosa que había visto. Me sentí como Belle en esa escena de la Bella y la Bestia cuando la Bestia le muestra la biblioteca del palacio y ella, llena de felicidad empieza a cantar y dar vueltas de alegría. Yo no me puse a cantar y dar vueltas, pero sí lloré de alegría. A mí me encantaban los libros. De

hecho, cuando yo tenía cinco años hice un pacto conmigo mismo de leer un mínimo de 200 páginas cada día, principalmente literatura clásica, historia, filosofía o teología. Había desarrollado la habilidad de leer muy rápido y me encantaba. Cumplí con ese pacto hasta los 17 años. La lectura se había vuelto casi una obsesión para mí. Junto con la música, los libros eran mi refugio donde yo podía sentirme seguro y feliz.

J.M.L.P.: ¿Cómo fue tu adaptación con el idioma?

J.E.: En lo que concierne al idioma batallé mucho porque en mi casa mis papás no hablaban inglés. Ni siquiera habían terminado la escuela primaria. Tuve muy buenos maestros en la secundaria que nos enseñaban algunas materias como historia en inglés y yo había leído muchos libros en inglés, pero eran principalmente libros de filosofía, historia o literatura (ni siquiera autores contemporáneos, sino Russell, Hume, Locke, Shakespeare o Chaucer). Así que, aunque podía entender textos muy sofisticados en inglés, no tenía práctica en usar el lenguaje más práctico que usas cuando vas al supermercado. Había cosas muy sencillas que yo no tenía ni la más remota idea de cómo decir en inglés, pero si podía leer y escribir acerca de arquitectura romana o de filosofía de Aristóteles. Además, en MIT había muchos profesores de otros países, algunos con un acento muy marcado. El material de clase ya era inherentemente difícil para cualquier estudiante, aunque hablaran inglés desde que nacieron, entonces ahora imagínate para alguien que no lo dominaba y que tenía que adivinarle al acento de los profesores.

J.M.L.P.: ¿Que diferencias encontraste desde el punto de vista social con tu vida en México?

J.E.: Me asignaron en un dormitorio donde había estudiantes de muchos países. Tenía amigos de Jordania, Pakistán, Costa Rica, Brasil, Argentina, México, Líbano, Italia, Alemania, Noruega y muchos otros países. Esa diversidad era hermosa, tanto para aprender de otras

culturas, pero también en cuestión de autoestima, ya que, a pesar de tus idiosincrasias personales, las otras personas te veían como un individuo interesante en vez de raro. Era un descubrimiento cultural continuo y una valoración de la individualidad de las personas, así como sus distintos puntos de vista y de ver el mundo.

Una cosa que me impactó mucho con respecto a mi experiencia en MIT fue la dinámica social. En México había experimentado los efectos de una estratificación social sistematizada. Todo mundo estaba consciente y preocupado por saber de qué familia venías, cuál era tu apellido (para determinar tu "linaje"), que tan exitosos eran tus padres, si tenías dinero, en qué colonia vivías, que carro traías (o no traías), si traías la ropa de moda, si la habías comprado en Estados Unidos, etc. Y aunque tu no quisieras enfocarte en eso, todo mundo te lo hacía notar: la escuela misma, los otros estudiantes y los papás de los otros estudiantes. Siempre me sentí aislado o como el "patito feo". Al llegar a MIT, todo eso pareció desaparecer casi por arte de magia. A nadie le importaba eso, a pesar de que había todo tipo de gente, desde gente muy humilde hasta gente de familias famosas a nivel mundial o hijos de científicos que habían realmente hecho cosas que cambiaron al mundo. MIT es una Universidad que siempre se ha enfocado en el mérito académico. No otorga títulos honoríficos. No acepta estudiantes sólo por habilidades deportivas u otras razones que no incluyan el más alto mérito académico. Y de hecho, en Estados Unidos, desde la primera generación de estudiantes que aceptaron en MIT, la mitad eran de muy humildes familias. Fue la primera universidad realmente secular, la primera en aceptar mujeres (Harvard no lo haría oficialmente hasta las últimas décadas del siglo XX), la primera en admitir a estudiantes de bajos recursos, etc. En mi experiencia, la gente estaba muchísimo más interesada en saber qué estabas estudiando, si habías leído, aprendido, descubierto o inventado algo interesante, qué tipo de habilidades académicas tenías, etc. Nunca sentí que se me juzgara por mi apellido, apariencia, nivel social o económico, etc. Como para solidificar esa lección, me tocó vivir una experiencia muy

bonita ya que mi segundo compañero de cuarto en el dormitorio fue un príncipe de Kuwait. Él es una de las personas más inteligentes que he conocido en toda mi vida, pero también es una de las personas más sencillas y más amigables. No le importaba de dónde venía yo, o cuál era la situación mía o de mi familia. Él trataba a todo el mundo igual. Nos quedábamos hasta las cuatro de la mañana, o más tarde, haciendo la tarea en la sala común del dormitorio, pedíamos pizza, y a veces, hasta nos poníamos a bailar merengue con otras amistades del dormitorio (para despertar un poco y poder seguir trabajando en nuestras tareas por un par de horas más). Era una maravilla no tener que preocuparse por esas cuestiones de estratificación social que tanto me habían apesadumbrado durante mis estudios en México.

B.S.M.: ¿Cómo fue tu transición desde el punto de vista musical?

El cambio al llegar a Boston fue muy grande de muchas maneras. Sería injusto comparar a la ciudad de donde yo venía del norte de México con Boston, ya que Boston es sumamente único en comparación con cualquier capital mundial. Por ejemplo, no sólo está la Orquesta Sinfónica de Boston, una de las mejores orquestas del mundo, sino muchísimas orquestas profesionales increíbles de calibre internacional, como la Filarmónica de Boston, la Filarmónica de Nueva Inglaterra, la Orquesta de la Handel & Haydn Society y tantas otras. Además, la gran mayoría de las 80+ universidades e institutos de educación superior tienen más de una orquesta. En ese entonces había dos conservatorios (el New England Conservatory y el Boston Conservatory) y la afamada escuela Berklee College of Music. Además de un sinnúmero de conciertos profesionales clásicos que puede uno encontrar prácticamente todos los días en Boston, hay un calendario de conciertos clásicos en Boston que muestra, durante temporada escolar, hay más de 5 conciertos gratuitos cada día, a un nivel espectacular de calidad (en muchos casos con los mismos artistas que tocan con la Sinfónica de Boston o en las series de conciertos de celebridades). Y claro, hay muchos conciertos de música de los otros géneros

también, especialmente jazz. Con respecto a conferencias gratuitas, todas las semanas puede uno asistir (como público general) a docenas de conferencias en las grandes universidades, ya sea acerca de astrofísica o ciencias cognitivas en MIT, de medicina o política en Harvard, y mucho más. El problema en una ciudad como ésta es el tener tiempo y el tener que decidir a cuál de todas las extraordinarias opciones asistir. Y claro, yo realmente no pude disfrutar de todo este tesoro de oportunidades hasta después de graduarme. Era casi imposible el llevar la carga académica tan solo de MIT. El estudiar en ambas universidades, MIT y Harvard simultáneamente, era prácticamente una locura y no dejaba casi nada de tiempo para dormir, menos para asistir a conciertos excepto en ocasiones muy especiales o cuando yo formaba parte de los grupos que daban dichos conciertos. Aún así, me tocaron muchas experiencias extraordinarias, como los conciertos con los coros de MIT y Harvard donde cantamos los réquiems de Brahms, Faure, Duruflé, Mozart y Verdi, la misa en Si menor de Bach, la novena sinfonía de Beethoven, la sinfonía número 2 de Mahler y tantas otras obras extraordinarias.

B.S.M.: ¿Cómo llegó a tu vida la composición?

J.E.: Como había mencionado, la carga académica era sumamente difícil y la carga de trabajo era muy intensa en MIT. Pasaba en la computadora un promedio de 16 horas al día, y cuando “descansaba” era para hacer mis tareas de música, ya que además de mis clases de ingeniería yo estaba tomando clases de música tanto en MIT como en un programa paralelo en Harvard. Entonces, tenía que pasar también mucho tiempo en el teclado del piano. Mis manos nunca descansaban y se me lastimaron de manera muy fea. Llegó un punto en el que ya no podía hacer casi nada porque me dolían demasiado. Fui a ver a varios doctores. Boston tiene algunos de los mejores hospitales y especialistas en el mundo y, entre ellos, estaba el doctor que operó a varios pianistas famosos (creo que Leon Fleisher era uno de ellos). Así que yo tenía la esperanza de que me pudiera

ayudar, pero después de consultarlo y de recibir varias opiniones de doctores de varios hospitales, el consenso fue que no me daban muchas esperanzas y me decían que no podría volver a tocar, ni siquiera al nivel que ya traía, mucho menos a un nivel más profesional. Para mí, esto fue devastador porque no solo me encantaba dar conciertos, sino que era parte de mi identidad. Yo no quería dejar la música. No sabía qué hacer y me afectó de manera muy fuerte. Eventualmente, como no quería dejar el mundo de la música, decidí tomar cuantas clases de música fue posible (que no requirieran utilizar un teclado). Tomé varias clases de historia de la música y análisis.

En mi búsqueda de alternativas a tocar el piano, hasta audicioné para cantar con varios coros, tomé clases de dirección de orquesta y como ya tenía casi todos los créditos necesarios para sacar la licenciatura en música, solo necesitaba algunos créditos que incluyeran lo básico de composición. Así que me registré en dos clases de armonía y contrapunto. Tuve la fortuna de que me tocaron profesores muy inspiradores. Como tarea para una de estas clases me encargaron escribir una pequeña pieza para orquesta. En ese entonces estábamos explorando música de nuestras culturas y yo acababa de descubrir la música de Carlos Chávez y Silvestre Revueltas, estos gigantes de la música clásica mexicana. Decidí escribir "Estampas Mexicanas" como mi tarea, haciendo homenaje a estos compositores. Le llevé el manuscrito del primer movimiento a mi profesor. Le encantó la pieza y me dijo que escribiera otros dos movimientos. ¡Quién se fuera a imaginar que esa tareíta se convertiría en una de mis piezas más populares! Mis "Estampas Mexicanas" han sido interpretadas en más de 200 conciertos en distintos países. Y de hecho, el estreno profesional fue un concierto al aire libre en un festival en California con aproximadamente 25,000 personas. Fue una cosa maravillosa que me abrió los ojos a nuevas posibilidades. Aproximadamente un año después, tuve la gran fortuna de conocer nada más y nada menos que a Don Carlos Prieto, uno de mis héroes desde mi infancia. Don Carlos fue a Boston a dar un concierto. Él es también ex alumno de MIT y al final del concierto fui a felicitarlo y a ver si me

daba su autógrafo. Cuando me presenté y le dije que me llamaba José Elizondo, me dijo "¿José Elizondo? Tu profesor me mostró tu composición Estampas Mexicanas ayer y me encantó. Vamos a comer juntos mañana para platicar". No dormí esa noche de la emoción. Y después de una hermosa conversación muy inspiradora, me dijo: "Estoy viendo si hago un concierto de dos violonchelos y quería ver si me escribes una pieza". Yo tenía 20 y pocos años y no podía creer lo que estaba escuchando. Hasta entonces todavía no había pensado "en serio" en ser compositor y no tenía ni la más remota idea de por dónde empezar para escribir para cello. Pero es increíble cómo cuando una persona, generosamente abre su corazón y cree en ti, cambia todo.

B.S.M.: ¿Qué es lo que le impulsa a escribir para violonchelo en particular?

J.E.: Me encanta que el cello es un instrumento que tiene un rango y una versatilidad de sonido enormes con los que puedes evocar todo tipo de emociones. Y claro, le tengo cariño por todo lo que me ha sucedido con el violonchelo. No he tenido una trayectoria continua como compositor. De hecho, poco tiempo después de componer las Danzas Latinoamericanas tuve que dejar de escribir porque tuve una serie de problemas de salud muy fuertes. Por muchos años tuve que enfocarme en recuperar mi salud y no perder mi trabajo, ya que estaba en la etapa crucial de aplicación para la ciudadanía. Así es que pasaron casi 15 años en los que no escribí casi nada nuevo, solo transcripciones de piezas existentes. A pesar de eso, mis obras se interpretaban en unos 30 conciertos al año, lo cual me traía mucha alegría, pero efectivamente, yo pensaba que me había "retirado" de la composición. Y de pronto, en enero del 2016, recibí una llamada de Don Carlos Prieto. Cada vez que interactué con este gran señor, mi vida cambia de manera sorprendente y positiva. Me platicó que había tocado mis Danzas Latinoamericanas en un par de conciertos. Y casualmente mencionó: "y en el último concierto, toqué las Danzas Latinoamericanas con el maestro Yo-Yo Ma. Ah, y le gustó tanto el tango que la ha tocado en varios conciertos en Europa con otros chelistas como pieza de

encore". Creo que grité de la sorpresa y alegría. No lo podía creer y claro, ese fue un momento pivotal en mi vida y un momento en el que pienso cuando necesito motivación e inspiración. Si una noticia así no lo saca a uno del "retiro" musical, no se qué lo haría.

Comenzaron a suceder más y más coincidencias musicales que no podía ignorar como señales del universo. La gran flautista turca Sefika Kutluer me contactó para decirme que iba a grabar un álbum completo de mi música para flauta y orquesta. Era un gran plan, excepto por el pequeño detalle de que en ese momento yo no tenía ninguna obra para flauta y orquesta. Pero por fortuna, Sefika no me permitió decirle que no, así que en unos cuantos meses tomé mis mejores composiciones y las arreglé para flauta y orquesta, además de escribirle una obra nueva para el álbum. Luego, en 2018 se casó el Príncipe Harry de Inglaterra y el joven chelista prodigio Sheku Kanneh-Mason se da a conocer a nivel mundial al tocar un hermoso programa con su cello durante la boda real. Unos meses más tarde me enteré que, debido a una recomendación por parte del gran chelista Guy Johnston, Sheku había decidido interpretar mis "Danzas Latinoamericanas" en una serie de conciertos en Amsterdam y en Londres con otros increíbles chelistas, Alexander Warenberg y Ashok Klouda. Y así han sido los últimos años con coincidencias extraordinarias que llevan a oportunidades a las que no les puedo decir que no. Otra que me viene a la mente es cuando recibí un email con el título de "concierto en la biblioteca". Me escribió un chelista francés muy simpático, pero para ser sincero, por el título del email no lo había tomado muy en serio inicialmente. Me avisa que va a tocar mi tango en un concierto en Panamá en una biblioteca. Como es mi costumbre, le escribí un mensaje para agradecerle el concierto poco después de que sucedió y es en su respuesta a ese mensaje donde comienzan las sorpresas grandes. Para no hacer la historia larga, a partir de ese concierto sucedieron una serie de eventos que llevaron a que el francesito me propusiera escribirle una nueva composición para un concierto en honor del papa Francisco! Eso inició otra

gran aventura que culminó en una de mis mejores composiciones, "La alborada de la esperanza". Y recientemente, en otro de esos mensajes que cambian la vida, me escribió un chelista al que he admirado muchísimo por años, el alemán Benedict Klöckner. Me dice: "Estoy por grabar las 6 suites para cello solo de Bach y quería preguntarte si me compondrías una pieza como respuesta a una de las suites. La grabaré en mi álbum y la pienso tocar en el teatro de la Opera de Frankfurt, el teatro de la Filarmónica de Berlín y Carnegie Hall." Después de asegurarme que había leído bien y que no me lo estaba imaginando, le respondí afirmativamente. ¡Claro! ¿Cómo le dices que no a semejante mensaje? Y menos a un artista a quien admiro tanto que, aunque me hubiera dicho, escíbeme una composición para tocarla en la estación del metro el fin de semana, le hubiera dicho que sí.

La mayoría de las piezas que he escrito para cello han sido por encargo. Es bonito porque además de que sabes que van a ser tocadas, te empuja a veces en direcciones que no te hubieras imaginado y que a lo mejor al principio te suenan raras o imposibles, pero quizás descubres que abren un mundo de posibilidades.

J.M.L.P.: ¿Qué es lo que en tu opinión, caracteriza a tus obras para violonchelo?

J.E.: Una característica de mi música es la accesibilidad. Como no tuve precisamente una educación de conservatorio, no me vi forzado a tener que escribir en estilos que no me agradan. Aunque aprecio la música de vanguardia, desde el punto de vista conceptual y analítico, no es algo que me llame y no es lo que me gusta escribir. A mí me gusta la música muy melódica y me gusta mucho la música rítmica que hace que te quieras mover con ella. Son las dos cosas que yo casi siempre incorporo en mis composiciones. Casi todas mis piezas son danzas de algún tipo. Y siempre tengo melodías que puedes cantar. También me agrada mucho incluir

elementos latinoamericanos en mis composiciones. Creo que la composición “Bajo el cielo estrellado del Rin” es una excepción hasta cierto punto porque es una obra tan virtuosística que no vas a estar cantándola o bailándola, pero aún en esa pieza, hay momentos muy líricos y se nota mi interés por el ritmo y por la métrica irregular que te mueve.

J.M.L.P.: ¿Como ha sido la acogida de tu música con la crítica?

J.E.: Muchas cosas en el mundo de la música son arbitrarias. Algunas de las críticas más “eruditas” y tragicómicas que he recibido incluyen a un director de orquesta que no quería tocar mi música porque era “música para comercial de cerveza”, a un crítico que pensó que era injusto que hubiera escrito una dueto para violoncello y violín porque el “muchacho con el violín más grande tiene una ventaja injusta sobre el otro del violín más chico”, un crítico que pensaba que mi composición *Atardecer Tapatío* (que está basada en música de mariachi) era “demasiado alegre como si no tomara en serio el *Atardecer* mencionado en el título”. Palabras sabias todas ellas. Y claro la mejor anécdota cuando intencionalmente envié una composición llamada “Saltos de rana” para piano, que era una broma (escrita casi completamente de manera aleatoria) confiando que sería descalificada si no por su “contenido” musical por las notas de programa en las que describía el “proceso” imaginario de composición (el observar a una rana saltando sobre un teclado de un piano). Para mi sorpresa, esta composición ganó un premio en esa competencia y además terminó siendo estrenada en una de las salas de concierto más hermosas e importantes de Europa, el Teatro de Ópera La Fenice en Venecia, Italia.

Pero ya hablando más en serio, he tenido la gran fortuna de interactuar con gente lindísima y generosa. Los grandes artistas de verdad suelen tener un corazón muy grande y generoso también. Por ejemplo, Don Carlos Prieto es que una persona que siempre trata de apoyar, de alentar, de darte confianza, de impulsarte, de ayudarte

a que crezcas. He recibido comentarios muy alentadores tanto de Don Carlos mismo, como de su gran amigo, Yo-Yo Ma, y de otros grandes artistas como Sefika Kutluer, James Buswell, Orlando Cela, Guy Johnston, Robert Deutsch, Benedict Klöckner e incluso del gran maestro, que en paz descansa, Vladimir Ashkenazy, quien me escribió una hermosa carta para darme aliento en mi carrera como compositor (además de avisarme que iba a dirigir mi composición “*Estampas Mexicanas*” en uno de sus conciertos). Tengo la fortuna también de poder escribir la música que me gusta escuchar. Son obras cortas pero genuinas y memorables, aunque tengan una estética conservadora, lírica, tonal. No todos los compositores tienen que cambiar el mundo artístico y nuestro entendimiento de la música. Creo que existe un espacio para los compositores que nos gusta escribir obras cortas pero que pueden traer un momento de consolación o alegría a la gente que las escucha. Me conmueve y me da mucha alegría cuando el público comparte anécdotas de su experiencia con mi música. La pieza de la que he recibido más comentarios extraordinarios es *La Alborada de la Esperanza*, porque mucha gente conecta con el mensaje de esa pieza. Estamos pasando por tiempos muy difíciles, todo el mundo ha tenido pérdidas en su vida, todo el mundo carga con sus propias tragedias. Esta pieza te encuentra en ese espacio, el chelo llora contigo durante el lamento en una de las partes iniciales, pero luego te consuela y te conforta. Te invita a alzar la vista y ver la luz del sol para darte esperanza de que el futuro va a estar bien. La gente ha conectado emocionalmente con esta pieza, tanto de los chelistas como el público.

Yo estoy muy agradecido con todas las personas que tocan mis obras, ya sea estudiantes que apenas están iniciando con el cello o profesionales ya establecidos. Es un privilegio para un compositor que alguien decida dedicarte su tiempo y su esfuerzo. Así que yo siempre siento gratitud, primero que nada. Les agradezco permitirme compartir un momento con ellos y con su público. Creo que eso es lo principal.

J.M.L.P.: ¿De que manera influye la visión como ingeniero en tu música?

J.E.: Con respecto a la manera en que veo el mundo de la música con relación con el de ingeniería, me vienen a la mente dos pensamientos. El primero es que en MIT hay un porcentaje muy alto de estudiantes que, a pesar de que están estudiando carreras de ingeniería o ciencias, también están involucrados en algún tipo de actividad musical.

Y el segundo es que a veces mi manera de analizar y hablar de la estructura de la música es muy compatible con la manera en la que discuto otros temas con mis amigos matemáticos o ingenieros. En muchas ocasiones pienso en la música en términos de algoritmos, patrones geométricos, etc que creo que son muy útiles para entender algunos aspectos de la armonía, el contrapunto y los ritmos complejos, etc. Me sucede algo similar con la gente que tiene mucha capacidad lingüística, o sea, las personas que ya han aprendido más de dos lenguajes y que tienen una posición para ver el lenguaje como conceptos abstractos o meta-lingüísticos. Hay aspectos de la gramática, la prosodia, la sintaxis y otros elementos del lenguaje que aplican a la música también, porque después de todo, la música es un lenguaje también. Así que creo que existe una sinergia entre la manera en que el cerebro comprende las matemáticas, la geometría, los lenguajes y la música. Pero claro que por nada de eso descarto los aspectos intuitivos y emocionales de la música, los cuales, después de todo, nos traen mucha de la magia y de los aspectos más sublimes de este arte.

Ahora, como compositor, yo no soy muy matemático y de hecho no me agrada alguna música vanguardista que trata de usar conceptos matemáticos de manera artificial ("compongamos una pieza usando la serie Fibonacci!"), en vez de componer de manera orgánica. Hay compositores quienes tenían un hermoso cerebro complejo y con una capacidad matemática extraordinaria, pero que también tenían una sensibilidad estética superior, un sentido transcendental de lo espiritual. El

más importante de todos es, obviamente, Bach. Soy uno de los más fervientes admiradores de la música de Bach. La disfrutaría aunque no fuera ingeniero por su belleza transcendente, pero creo que mis habilidades analíticas y matemáticas me permiten admirarla y disfrutarla de algunas maneras adicionales.